

ELEGÍA

Humilde huerto mío,
 Testigo de mis desdichas y mis penas;
 Al llegar el invierno adusto y frío,
 Cayeron, ¡ay! marchitas
 Tus hojas y tus blancas azucenas;
 Y no cual antes, con mi plectro humilde,
 Contemplando la nieve que te cubre,
 Podré cantar mi gloria y mis amores
 Mientras viene de nuevo
 La estación de las aves y las flores.

¿Cómo esperar cantando
 Tu follaje, tus rosas, tus matices,
 Y el sonoro murmurio de tus fuentes,
 Si del otoño en el postrero día
 Con las últimas luces de la tarde
 Huyó también la luz de mi alegría?...

Sin aliento, sin fé, sin esperanza,
 Mientras de hojas y flores te reviste
 Al llegar otra vez la primavera,
 Indiferente y triste
 Veré romperse el yelo
 Que aprisiona las linfas del riachuelo.
 Y cuando de tus aves,
 De la brisa fugaz entre los giros
 Vuelva á escuchar el melodioso canto,
 Prorrumpirá mi llanto...
 Tus auras poblaré con mis suspiros.



CUENCA (AGUSTÍN F.)

Á PILAR BELABAL

A una reina del arte hoy celebramos;
 En nota lastimera,
 Su blanco seno de mujer dió al viento
 La última nota de postrer aliento...
 Murió, y en esa hora
 Una serena claridad de luna
 El rostro de la artista parecía;
 Rostro que por la muerte lastimado
 Tres coronas tenía;
 Las miro todavía,
 Su divino fulgor no se ha apagado...
 Cual bosquejo romántico de un sueño
 Se extiende ante mis ojos
 De sombras melancólicas bañado,
 Mortuorio paño en que la artista yace...
 Que triste en sus pupilas sin mirada
 De los cirios la flámula agitada
 Sus resplandores fúnebres deshace!
 ¡Qué triste sobre el rostro soberano
 La difunta color que á llorar mueve!
 Color que fuera en pétalos de nieve
 Matiz bermejo de clavel lozano...
 Y el cadáver inmóvil... siempre inmóvil!
 Mudo... implacable... Majestad caída
 Del trono de la vida,
 Sombra impasible que el dolor provoca
 Y un torrente de lágrimas arranca;
 Sombra que tiene un esplendor delante,
 La gloria, y cuya atmósfera radiante
 Trasciende aromas de una rosa blanca.

Tres coronas tenía
 Su frente victoriosa; ¿acaso nunca
 Una corona la hermosura ha sido?
 ¿No es otra el arte que el talento abona?
 Si en perpetuo combate se ha vencido
 ¿No es la muerte en presencia del olvido
 La irradiación de la mejor corona?
 Las tres sobre el cadáver palpitaron;
 ¿A qué llorar sobre el despojo inerte,
 Si en la escarlata de su boca ondea
 Risa en que fugitiva centellea
 La vanidad de su gloriosa suerte?

Cobarde amor á pasajera forma
 Es el amor que en el sepulcro gime
 De un inmortal, y sin cesar suspira...
 ¿Cuándo el cobarde llanto fué sublime?
 ¡Rasgue su manto de crespón la liral!
 Su círculo de fuego
 Temblante y funerario
 Esconda el cirio en la tiniebla densa,
 Y de la gloria el esplendor palpite
 Y alce el incienso su espiral inmensa...

La túnica flotante al sol tendida,
 Y sobre el lino de la blanca vesta
 La negra cabellera descogida;
 Del arte el cetro de oro
 Resplandeciendo en la robusta mano;
 Y en polvo de diamante que chispea,
 Marcado el sello del triunfal coturno;
 En épico ademán, trágica musa
 Fué la divina artista, hija del genio,
 A luchar y vencer predestinada,
 La frente irguió de lauros coronada

Sobre el dosel del español proscenio.
 Si amaba, sonreía
 Por un sueño invisible acariciada;
 Y un sol de amor en su pupila ardía,
 Si su pecho á otro pecho respondía
 Con su palpitación acelerada.
 Amando, entre sus labios
 Fingió su acento con volubles giros
 Querella de románticos agravios,
 Música de tristísimos suspiros.
 Brillaba como un cielo
 Su frente enamorada... en negra nube
 La tempestad de repentino celo
 El iris del amor tornaba fiera,
 Y el rostro antes alegre, entonces era
 Triste calvario de espantoso duelo.
 Triste calvario cuando altivo enojo,
 Ennegreciendo el porvenir obscuro,
 No la inspiraba el vengador antojo
 de herir de muerte al corazón perjuro.
 Mas si del celo el frenesí insaciable
 Daba calor al pensamiento impío,
 Su ademán vengador era implacable,
 Y era un infierno su mirar sombrío...

Adúltera, sintiendo
 Crecer de su pasión la llama viva,
 Ya presa del terror, era en la escena
 Tronchada sensitiva;
 Ya sorprendida en su pasión impura,
 Y ya ante la expiación arrodillada,
 Era un dardo su grito de amargura,
 Era una estrella errante su mirada;
 Los pliegues de la blanca vestidura
 El aire descogía,

Bañado en llanto su semblante bello,
y de los negros bucles del cabello
La rosa nacarada desprendía...

Ya adúltera llorosa,
Ya mártir del pasado
Y en nombre del amor al bien despierto
Su corazón por el dolor llagado,
Madre amorosa junto al hijo muerto,
Ingrata madre frente al hijo amante;
Riendo ó suspirando;
Ebria de vida, ó triste agonizante
Fué intérprete inspirada
Del drama excelso que soñó el poeta,
Y al fuego esplendoroso de sus dones
El genésico sol de las pasiones
Brilló sobre su artística paleta.

¡Oh! triste soñadora;
En tu sepulcro pálida y sombría,
En el altar del genio
Transfigurada ahora!
La edad presente de tu gloria somos,
Este incienso, estas palmas, estas flores
Son primicias triunfales;
Aguarda á que la gloria soberana
Que es la posteridad, te dé mañana
Coronas inmortales.

Queda en paz en tu lecho funerario,
Y mientras canta el porvenir tu nombre
Y es clámide de triunfo tu sudario,
Junto al ciprés de tu sepulcro amigo,
Como una melancólica violeta
Este humilde cantar quede contigo.

CARMEN

Era blanca, y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecía
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera undosa
Coronaba su donaire
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos.

De su boca eran agravios
Sus labios angelicales
A los más rojos corales
De los más hermosos labios;

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvolos en red de besos
La pasión en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mí hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas alas,

Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró también,
Sonó un beso, fueron cien,
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío!

¡Qué sol aquel sól naciente
Envuelto en undosos tules,
Y que entre montes azules
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,
Que al morir se está tendido
En un lecho de arreboll

Sobre las rotas almenas
¡Qué pardas las golondrinas!
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!

Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana
Y al rodar copiaba la onda
Cielo claro, obscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

Todo entonces bajo el velo
De fantásticos antojos,
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y después? Ya puesto el sol
¿Su arrebol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arrebol....

LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos, la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacentes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores

La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscalosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un fris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Floripondios de alabastro.

Presta el rizado plumaje
De los pájaros colores,

Dá colores al encaje
De las nubes y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.

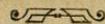
Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,
Flores el juncar, las pomas
Roja grana, las palomas
Blanca nieve, espuma el río.

La obscura selva rumores,
El torrente centelleos
De divinos esplendores,
La alameda ruiseñores,
Los ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
Cuando el sol la dá calor,
Palpitaciones, grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer arroja
Del pudor los blancos velos...
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen bajo los cielos:

Los arroyos más cristales
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas.....!



NIEVE DE ESTÍO

Contestación á una carta de mujer

Á JUAN DE DIOS PEZA

Copia fiel de tu belleza
 Pediste ayer al espejo,
 Que es el más puro reflejo
 De la más noble franqueza;
 Y siento de mi tristeza
 Crecer los fieros enojos
 Porque para ver tus rojos
 Labios y tu blanca frente,
 No hay cristal más transparente
 Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,
 Dió al espejo sus destellos,
 Y entre tus negros cabellos
 Colgando viste una cana;
 Fué entónces marfil la grana
 Que el rostro á besarte mueve,
 Y trémula, fiera, aleve
 Trozaste el cabello cano,
 Que era un cisne de verano
 Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,
 Como agravio á tus hechizos
 Viste después en tus rizos
 Otra cana y otras muchas,
 Y triste en silencio escuchas
 Cómo la razón proclama
 Que es el pensamiento llama

Que cuando más se enrojece
 Más el cabello emblanquee
 Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo
 Tus más claros todavía
 Ojos que causan al día
 Rubores con su reflejo,
 Las blancas hebras del viejo
 Cabello en su edad lozana
 Arrancaste, y la galana
 Luz de tu mirada al verlas
 Fué luz que disuelta en perlas
 Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envías,
 De tus letras adoradas
 Envuelto en las desmayadas
 Misteriosas melodías,
 Y en tus congojas sombrías
 Pienso al ver tus canas bellas;
 De unas y otras te querellas,
 Unas son la noche oscura
 Que nubla tu frente pura,
 Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños
 Y venciendo tu altivez,
 Me has mostrado la vejez
 Que agobia á tus veintiún años;
 Y sin temer desengaños,
 Sin temer fieros desdenes
 Déjame besar tus sienes;
 Vano fuera tu temor
 Cuando sé que son de amor.

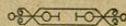
Todas las canas que tienes.

Cuando en tí regocijado
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado:
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido
Y tiene allí por sentido
Ruiseñor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madre selva cuya flor
Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos
Cñeñido tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado entre ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mío
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.



COSMES (FRANCISCO)

EL POETA

¡Oh! ¡Dejadlo pasar! No necesita
De vuestra vida el mentiroso halago:
La multitud su corazón agita
Como los vientos el cristal del lago.

Allá va entre la turba solitario
Sin encontrar á su dolor abrigo,
¡El, que en su mente como en un santuario,
Un cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea
En vez le dió de vanidosos nombres;
Que Dios formó al poeta de la idea,
Mientras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,
Le denomina con desprecio *loco*...
¡Cuando al soñar, el universo entero
Para ocupar su pensamiento es poco!

Y él necesita compasión: su alma
Al soplo sólo del dolor se abate,
Como se inclina la gallarda palma
Cuando el *simun* ardiente la combate.

Su corazón, cual tierna sensitiva,
Marchito está por el menor tormento;
Cada impresión su padecer aviva,
Y es una espina cada pensamiento.

Mas también ¡admirad! cuando se elevan
Del suelo vuestras moles colosales,
Cuando el esfuerzo y la prudencia llevan
Hasta el cielo á los miseros mortales.

Cuando, presa de penas y amargura,
De la impotencia os debatís debajo,
Y gastáis por llegar hasta la altura
Mares de llanto y siglos de trabajo.

Él, por el mundo sin piedad proscrito,
No cual vosotros el afán emplea:
Para lanzarse audaz al infinito,
¡Le basta solo concebir la idea!



En el cuarto centenario de Miguel Ángel

Vástago de esa raza de inmortales
Que el cielo osaron escalar un día,
Hacinando en sus odios colosales
Ossa y Pelion para la lucha impía;
En la existencia humana apareciste

Cuando el mundo cristiano agonizaba:
La antorcha de la fé se iba apagando;
El peso abrumador del fanatismo,
Cual campana neumática la ahogaba;
La conciencia dormía:
En las siniestras llamas del abismo
La Iglesia sus hogueras encendía,
Y el hombre presintiendo un cataclismo
No pensaba, no más se estremecía.

Llegaste, mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso
Algún mortal, decir en qué otro mundo
Imprimiste la huella de tu paso?
No era el país donde su altiva frente.
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;
El tibio rayo de la luz de Oriente
Que el verde acanto de Corinto dora,
Jamás en su fulgor resplandeciente
Alumbró tu cabeza pensadora:
Ni el mar de Jonia que gentil murmura
Y con nombres poéticos resuena,
Te vió pasar sobre su linfa pura
A extasiarte sediento de hermosura
En la belleza plástica de Elena.

Si de un mundo viniste,
Fué de un mundo poblado por titanes,
Allí, donde frenéticos excitan
Siniestros odios vengativos manes,
Donde el suplicio y el terror habitan,
Y entre ruínas, maldición y estrago,
De Dios las iras sin piedad se agitan.

Tú eres de esa pléyade sublime

Que de improviso apareció en un cielo
 Cubierto de tinieblas y de muerte,
 A arrebatarse en su gigante vuelo
 La humanidad inerte:
 Inmigración de genios soberanos,
 Que, á fin de merecer desde su altura
 Subir á darte el título de hermanos,
 Tuvieron que anunciarse á la existencia:
 Colón, de un mundo recorriendo el velo,
 Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías
 Doblegado del genio bajo el peso;
 El recuerdo de inmensas agonías
 Aún quedaba en tu semblante impreso;
 Tú mismo en tu poder te estremecías,
 Cuando al cumplir las órdenes fatales,
 Consultando tu fuerza, te sentías
 Nuncio de las venganzas celestiales.

Nunca á tu vuelo conoció barrera.
 Tu inspiración gigante:
 Tus alas de condor iban unidas.
 A la fuerza de Atlante.
 Nuestro pequeño y miserable suelo
 Parecer ha debido muy mezquino
 A tu aliento fecundo;
 ¡Necesitabas para lienzo un cielo,
 Y por materia que esculpir un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?
 ¿Cómo parar el ímpetu violento
 Conseguiste del tiempo, que en un día
 Sin ayuda, acabaste creaciones
 Que el trabajo de tres generaciones

Para iniciar, apenas bastaría?
 De los siglos la cuna y el sepulcro
 Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente
 Hinchido el pecho de terror, mirando
 La suerte, en la Sixtina, de esta raza
 Que el campo de la vida va cruzando.
 ¡Ay! gigantesca al paso que impotente?
 La vil materia con tus manos tocas,
 Y, en el fuego encendidas de tu idea.
 Sublime Anfión, haces hablar las rocas;
 Todo el mundo, abarcaste con tus brazos;
 En obras en que el genio centellea
 Al mármol tu calor comunicaste...
 ¡Y al mismo tiempo, con pujante brío,
 De *San Pedro* la cúpula lanzaste,
 Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema
 Del nostálgico mal del infinito;
 Tus obras eran la expresión suprema
 Del angustioso grito
 Del genio en la prisión. Necesitabas
 Otro idioma, otras formas, otros hombres,
 Otro Dios que tu mente interpretara;
 Como Moisés, en medio del desierto.
 Hablarle y contemplarle cara á cara!
 Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:
 Te importaba muy poco
 Que el mundo adorador ó indiferente
 Palmas te diera ó te llamara loco;
 Para el mundo tenías
 El arma del desprecio omnipotente.
 Y admirado, temido, incomprensible,
 Sin inclinarte nunca bajo el yugo.
 Ibas, como el poeta del *Infierno*

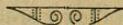
¡Grande como lo eterno!
¡Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu misión sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores...
¿Sin amores? Oh, no! Dos deshojaron
Sobre tu mística frente algunas flores;
Puros y grandes como tú brotaron...
Mas ¡ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protegerla se extendía:
Y cuando, de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
¡Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu victoria!

Cuatro siglos pasaron
Desde el día glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se estremece
Delante de tus obras inmortales,
A medida que el tiempo ráudo vuela,
Tu titánica forma, crece, crece...!

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apocalípticas creaciones;
Los que tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiración y de respeto al genio.

Benigno acoje nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo iumortal de tu grandeza.
¡Sosténnos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de odio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos
Sumergirse nuestra alma en la amargura,
Y desmayar nuestro tenaz empeño...
¡A nosotros también es grato el sueño
Mientras el mal y la vergüenza dura!



CARPIO (MANUEL)



CENA DE BALTASAR

Era la noche, y la redonda luna
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los saúces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines
Y los templos magníficos de Belo.
El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crugir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,